

SE PUBLICA
LOS
DOMINGOS.
PRECIOS:
EN LA
Habana y Matanzas
UN PESO AL MES.
En el interior
TRES PESOS 50 CTS.
por trimestres, adelantados.
FRANCO DE PORTE.
EL NUMERO SUELTO
SE VENDE A
TRES RS. SENCILLOS.



REDACCION
San IGNACIO 17,
á donde se dirigirán
las reelamaciones que
puedan ocurrir por
virtud de los artículos
que se publiquen.
LOS DEMAS
AVISOS Y RECLAMACIONES
pueden dirigirse
A LA
IMP. DEL TIEMPO,
CUBA 71.



LA SERENATA.

PERIODICO SATIRICO, ECONOMICO Y LITERARIO.

HONOR A QUIEN HONOR SE DEBE.

.....; en todas las clases hay
hombres partidarios de los extremos,
que comprometen los principios exa-
gerándolos;

C. DIDIER.—*La España desde
Fernando 7º hasta Mendizabal.*

HO sé quien ha dicho, —que en
esto de memoria me parezco á
los gobiernos,— que los periód-
icos son á los libros lo que los
ferro-carriles á los antiguos me-
dios de locomocion. Política,
administracion, hacienda, ciencias, ar-
tes, industrias, tolerancia, lógica, conse-
cuencia, todo se enseña y puede apren-
derse en sus columnas, poco ménos que
al vapor; y no hay asunto, por intrinca-
do que sea, siempre, por supuesto, que
de algun modo interese á la sociedad
que los sostiene, que no examinen y de-
jen ellos tan claro y trasparente como
buena fé de *patricio*, que es como si di-
jéramos, desnudo de toda sombra.

Por aquí conocerán mis lectores una
parte no pequeña de las ventajas de la

prensa, y por el exámen de *nuestros órga-
nos*, ora se les considere como únicos
intérpretes de nuestras necesidades y
aspiraciones ora como reguladores de la
cantidad justita de goces y derechos
que sin temor pueda dársenos, nó preci-
samente la prueba material de la exac-
titud de aquella cita, que se llevarian
buen chasco, sino el cómo entendemos
nosotros cierta clase de *pinturas*. Díga-
se lo que se quiera, en punto á definicio-
nes nos hallamos, por lo ménos, á la
misma altura que en cuanto á preám-
bulos de decretos. Unas y otros, segu-
ramente inventadas por sencillos varo-
nes incapaces, por lo visto, de pensar
mal de nadie, han venido á ser en nues-
tras manos lo que nuestras ordenanzas
municipales por ejemplo; esto es, *letra
muerta*, ó lo que es igual, algo así como
recursos ingeniosos para llenar el ex-
pediente ó cubrir las apariencias, que es
donde está, precisamente, el toque de
las cosas. Nó sino vaya V. á decirle á
todo un público, por lo claro, que la
conveniencia nacional ó el interés par-
ticular de un país consisten en que es-
temos siempre á oscuras y embrollados,

ó á un pueblo cualquiera que no están
los tiempos para muchos goces ni ex-
pansiones, y verá V. al momento cómo
el público y el pueblo que no entienden
estas cosas, pero que poseen en cambio
una dosis del demonio de buen sentido,
lo dejan á V. solo ó le vuelven pronto
las espaldas. De donde se infiere que
los mantos y las inconsecuencias, y los
escarceos, y los círculos de hierro y las
contradicciones, y sobre todo, los conti-
nuos insultos y las desvergüenzas bas-
tan y sobran para suplir con creces lo
que no se quiere decir ó no se acierta á
esplicar; y mas que eso aun, son alta-
mente convenientes para hacer andar es-
to que se llama la *cosa pública*.—Lo van
Vds. entendiendo?—Nó?—Pues hablaré
mas claro.

Años hace ya que un malestar vago,
indefinible y aun no esplicado, partien-
do de la fuente primordial que sostiene
nuestra existencia, ha empezado á inva-
dir, poco á poco, nuestras clases todas
como invade la gangrena las doloridas
partes del cuerpo en que se ceba. Su
origen no reconoce otra causa que un he-
cho económico reproducido hasta lo in-

8. MUM 2

finito, y es tal la fuerza y poder de sus efectos, que ha llegado á engendrar en el ánimo de los que lo sufren ese anhelo creciente, esa vehemente ansia por alivio que se encuentra hoy arraigada en todos los pechos, dibujada en todos los labios, demostrada en todas las acciones.

Remedios! ha murmurado, al fin, el país al sentir en su interior los desastrosos efectos del mal que lo corroe, como grita ¡socorro! el que siente penetrar en su pecho el frío acero del puñal que le desgarrar.—Eso es! Reformas! reformas! traduce al punto uno de *nuestros ecos*, admirado de su atrevimiento; y en vez, entónces, de consagrarse por completo á indicirlas, analizarlas y llevarlas sin demora al ánimo de todos, se contenta con ponerles un chistoso adjetivo que ellas en sí ya envolvían. ¡Famoso descubrimiento!—¡Santo Dios! replica á esto, otro de aquellos, lleno de espanto y sin andarse tampoco en mas averiguaciones. Con que políticas, eh? Pues! Como quien no dice nada! Dios nos asista. Eso sería arruinar el país, trastornarlo, incendiarlo en fin. Qué horror! Fuera! Cuando más, reformas económicas, *muy económicas*; y á todo tirar, administrativas también. Pero ¡cuidado! de aquí no me pasa nadie que se tenga por bien nacido.—Poco á poco, interrumpe el *eco* que quedaba, tomando cartas en el asunto. Ni políticas, ni económicas ni de ninguna clase, sino las que nos den, que esas serán las buenas. Entre tanto, tengan todos entendido que hoy estaré por unas, mañana por otras, y nunca dejaré de hablar *hasta por los codos*, si es que se dá el milagro de que los codos hablen.

Y sobre si han de ser políticos ó económicos los remedios que han de curar el mal que aun no se conoce, empiezan la gritería y los espantos y á no entenderse ninguno, y siguen los dictérios y las contradicciones y las utopías y los desatinos, y colócase el uno á cien años adelante y plántanse los otros á cien años atras quedando, por consiguiente, nuestros benditos órganos á doscientos de distancia, y apelan los tres al pobre público para que dé á cada uno la razón que ninguno tiene; y miétras tanto el pobre público que no parece sino hecho de molde para toda clase de abusos, se queda sin saber cuál es su enfermedad, los ánimos divididos, y de resultas, todo tan claro, que el Gobierno, cuyos buenos deseos son por fortuna harto bien conocidos, se vé en el caso, á guisa de escribano, de formar nada menos que un proceso para haber de sacar en limpio que necesitamos reformarnos. Vaya si lo necesitamos!

¡Vive Dios, Sres. periodistas, qué patriotismo y qué cordura! ¿Qué importa que los remedios sean de una clase ú otra si, dado que los obtengamos, el resultado al cabo ha de ser siempre el

mismo? *Pues no comprendéis, buen hombre*, replicó el Lord del cuento al sencillo campesino que le preguntaba admirado el por qué de una sola espuela para avivar el caballo, *no comprendéis que si yo hago andar el un costado, el otro no ha de quedarse atrás?*

Vamos claros. ¿A quién engañamos aquí? Al gobierno?—Precisamente su interés estriba en abrir los ojos. El mas firme apoyo de los gobiernos es el bienestar general, y no puede haberlo en verdad allí donde las fuentes de la producción se hallen oprimidas por innumerables trabas que aniquilen sus esfuerzos.—Al país, entónces?—La ilusión no podrá jamás destruir la realidad. Preguntad al que sufre si encontrará alivio á sus dolores con oír á cada paso repetir que su salud es excelente.—Qué es lo que se teme?—Ir demasiado léjos?—Ni aun por este lado hallareis disculpa. Ahí está la historia; citad un solo caso de extravío por parte de algun pueblo que haya al ménos disfrutado de libertad económica.—Que se acabe ese monopolio aniquilador cuya férrea mano vemos posarse en todos los hombres y los principios?—Tampoco, eh? Pobrecillos!

¿Pues cuál es, ¡vive Cristo! la poderosa causa que impele á hollar los mas nobles sentimientos de equidad y de justicia y hasta olvida los vínculos sagrados que nos unen? Ah!..... se me olvidaba. La conveniencia nacional..... el patriotismo..... estamos en país de cáfres! Silencio! Silencio!!

BELMONTE.

LITERATURA FACIL.

Quiero escribir un artículo y ni una idea me ocurre que pueda servirme para endilgarle ¡Una idea! ¿Y para qué necesito yo, articulista audaz y osado, de ideas, teniendo á mi disposición pluma, papel y tinta? Estos son los únicos ingredientes indispensables para escribir, no digo un artículo, sino hasta una novela, y si me apuran, un drama, y también un tomo de poesías.

Todo mi trabajo, pues, se ha de reducir á la materialidad de escribir mi artículo como si le copiara de un periódico cualquiera donde el género abunda.

Quédese para los tontos eso de meditar en algun asunto, ántes de ponerse á escribir, y lo de procurar presentarlo bajo una forma elegante, fácil y original. ¿Tengo acaso necesidad de calentarme la cabeza, pensando lo mas mínimo para escribir cuanto se me antoje? ¡Pensar! ¿qué es pensar?—Lo único que debo pensar es que mi artículo se publicará y muy infausta ha de ser mi estrella como no hagan mi elogio, llamándome excelente escritor, articulista dis-

tinguido y delicado, con otras zarandajas por el estilo.

¡Gracias sean dadas al Omnipotente que me ha iluminado hasta el punto de hacerme prescindir de mis escrúpulos y mi temor de darme al público en este nuevo género literario tan en boga!—Yo era ántes un pobrecillo, un timorato que no sabia valirme, teniendo á la mano una manera tan fácil de ser hombre de pró y de reconocida importancia.

Sí, yo seré articulista de fama, de mayor fama aun que Gauthier, aunque escriba de muy distinto modo y siga diverso rumbo que el célebre literato francés. ¿Y porqué no lo sería yo, que ya me siento capaz de emprender y dar cima á lo que algunos juzgan árduo y de difícil desempeño; á lo que á mas de cuatro pobres diablos les parece tarea concienzuda y grave? Yo conquistaré la opinión pública, con ayuda de algun gacetillero amigo que me *fumigará* con su incienso, me haré conocido, popular, y como la Corila de Campanone, me congratularé con el público.

Aquí me permitirán ustedes un rapto de entusiasmo y algunas vociferaciones de ¡¡¡adelanteeee!!!..... ¡¡¡adelanteeee!!!....

Esto es muy socorrido cuando no se sabe como *ir adelante*. Algun poeta y escritor conozco que hila sus versos y cuanto escribe con muchos *adelante!* de tal suerte, que no necesito nunca ver su firma para saber que le pertenece el escrito donde campeon los varios *adelante!*—Esto es lo que se llama tener un estilo propio.

Decia, pues, que me congratularia con el público, y esto necesita explicacion. Mi público ha de ser femenino, únicamente del bello sexo. El resto me importa poco, aunque en él se encuentren personas ilustradas, de buen gusto y de autorizada opinion. Yo no escribo sino para las mujeres. En literatura sobre todo profeso la *feminolatria*. Mis asuntos han de ser todos lijeros, fugitivos, pueriles, insustanciales, sin objeto ni trascendencia; en una palabra, *afeminados*. Crónicas y revistas de bailes, donde presentaré en orden de parada á cuantos jóvenes asistan á ellos, y minuciosamente describiré sus trajes, sus tocados, sus adornos todos, sin descuidar hacer escrupulosa mencion de sus cabellos, de sus dientes, de sus labios, de sus ojos, de sus..... Para esto prodigaré el coral, las perlas, el oro, el azabache, la nieve, poniendo á contribucion los productos todos de la fértil madre naturaleza. ¡Cuántas sonrisas obtendré en recompensa! ¡Cuántas miradas lánguidas y amorosas! cuántas insinuantes demostraciones!.....

¡Eh, qué tal? ¿no les parece á ustedes que sé como he de congratularme con *mi público*? ¿Habia de preferir á estos agasajos, la aprobacion de los hombres inteligentes, escribiendo otras cosas? No,

sino póngame yo á aspirar á esa aprobacion y ya verán ustedes como nadie me sonrie, nadie me mima ni me *chiquea*. Nada, lo dicho: estoy contento con mi propósito y nadie me hace variar de idea. Aquí me hallo á mis anchas. Ni necesito libros que me instruyan, ni continuas meditaciones que no son buenas sino para dejarle á uno despoblada la cabeza, esto es, calva; y esta como los cabellos blancos, que decia Espronceda, tampece á nadie enamora.

Cuando no haya bailes, lo cual creo que nunca sucederá, pero por si suceder pudiere, propóngome desde ahora escribir historietas de amor, sin piés ni cabeza, en estilo muy ramplon y todo sembrado de adjetivos, de admiraciones, de puntos suspensivos y de cuantas majaderías me sugiera mi gusto anti-literario y rastrero. Atribuiré á mi heroína sentimientos inverosímiles, ideas estrafalarias, gustos contrarios al orden natural y haré un compuesto monstruoso y tal que á mí mismo me cause horror.

Le haré poquísimo favor suponiéndola capaz de confesar exabrupto á un hombre, la primera vez que con él hable, que nunca lo olvidará; exactamente como leí meses atrás de otra heroína, en el folletin de un periódico de esta capital.

De más está decir que escribiré en estilo cortado, que es muy elegante y muy de moda, y que tiene el mérito de remedar al que habla subiendo una cuesta, que á cada frase le falta la respiracion, ó al que, ginete no muy práctico, conversa al galope de su caballo, con el compañero que lleva al lado, sucediéndole lo mismo.

La comparacion es exacta, porque tanto dá ir cuesta arriba para algunos, como manejar el lenguaje con los piés; tanto trotar, como ir atropellando á las voces del idioma sin reparo.

Que sale algun crítico á la palestra, haciéndome blanco de sus sátiras.—A contestarle incontinentemente, á confundirle, á repetirle que no sabe siquiera gramática. La gramática en estos casos es de cajon. Y aunque yo no sepa mas gramática que la poca que mal me enseñaron en el colegio, y que yo me propuse olvidar presto, así y todo le echaré en cara á mi crítico sus pocos é imperfectos conocimientos gramaticales, sin tomarme por supuesto la pena de probárselo, que esto me seria difícil, cuando no imposible.—“Usted no sabe gramática, señor crítico, y basta que yo lo diga.”—Así entiendo yo la polémica literaria, así está en uso, y así es como debe ser. ¿Pues qué, no hay mas que acoquinarse y dejarse uno hundir por el primer majadero á quien se le antoje decir de mí en público que yo no sé escribir colmando su desvergüenza con aducir pruebas que no dejen duda?—No señor, que para eso hay gacetillas que dirán lo contrario; que me defenderán y harán ver

al público inocenton que yo pertenezco á la noble y distinguida categoría de los que con tanto éxito cultivan entre nosotros la literatura.—No hay gacetilla por absurda y mal intencionada que sea, que no tenga crédulos adeptos, lectores entusiastas que la apoyen y la acepten como verdad infalible. Como la gacetilla suele servir para estraviar la opinion pública, nada tendrá esto de admirable.

Despues de una victoria semejante ¿quién me tose á mí?—Y que yo tendré ademas buen cuidado de hacerme valer, entonando mis propias alabanzas y haciendo constantemente mi elogio, como literato afamado y escritor aplaudido. No me faltarán almas cándidas que lo crean y que vayan por ahí repitiéndolo.

Envidia y mala fé tendré cuanta se necesite para aborrecer y desacreditar á todos los que no sigan mi ruta y marchen valerosamente por el áspero camino de la modestia, de la laboriosidad y el incesante estudio; á todos en fin los que comprenda yo que interiormente me desdeñan y se burlan de mis inútiles tentativas literarias.

En último resultado, me haré el sordo á las reprensiones de la crítica, y continuaré impávido por la trillada senda, escribiendo cada dia mas mal, desatinando sin medida y haciendo mi santo gusto. Probablemente acabarán por desconceptuarme, por reducirme á la nulidad, pero esto no me preocupa. Como para mí la literatura es un pasatiempo como otro cualquiera, como yo no tengo conciencia literaria ni dotes de verdadero escritor, poco me duele contribuir á dar con ella al traste, haciendo pensar mal al vulgo ignorante, de los hombres de letras.

Cuando me canse, arrojaré la pluma para echar mano de cualquiera otra cosa por digna de respeto y estimacion que sea, la que profanaré tambien con el mismo escaso miramiento que la pluma del escritor; pues para mí todas las cosas de esta vida merecen poquísima consideracion.

Hasta tanto, escribiré artículos por castigo, tres ó cuatro á la semana, que este ningun trabajo me dá, no teniendo que pensar cosa alguna para escribir vaciedades y simplezas.

Ahora bien ¿qué piensan ustedes de mi programa? ¿No creen ustedes que iré lejos con tanta sobra de audacia y tanta falta de escrúpulo? ¿Se escandaliza alguno de tal descaro, de tal despreocupacion y aturdimiento? Pues aun es poco, aun me sobran alientos para mayores proezas, que para mí son un juego de niños.

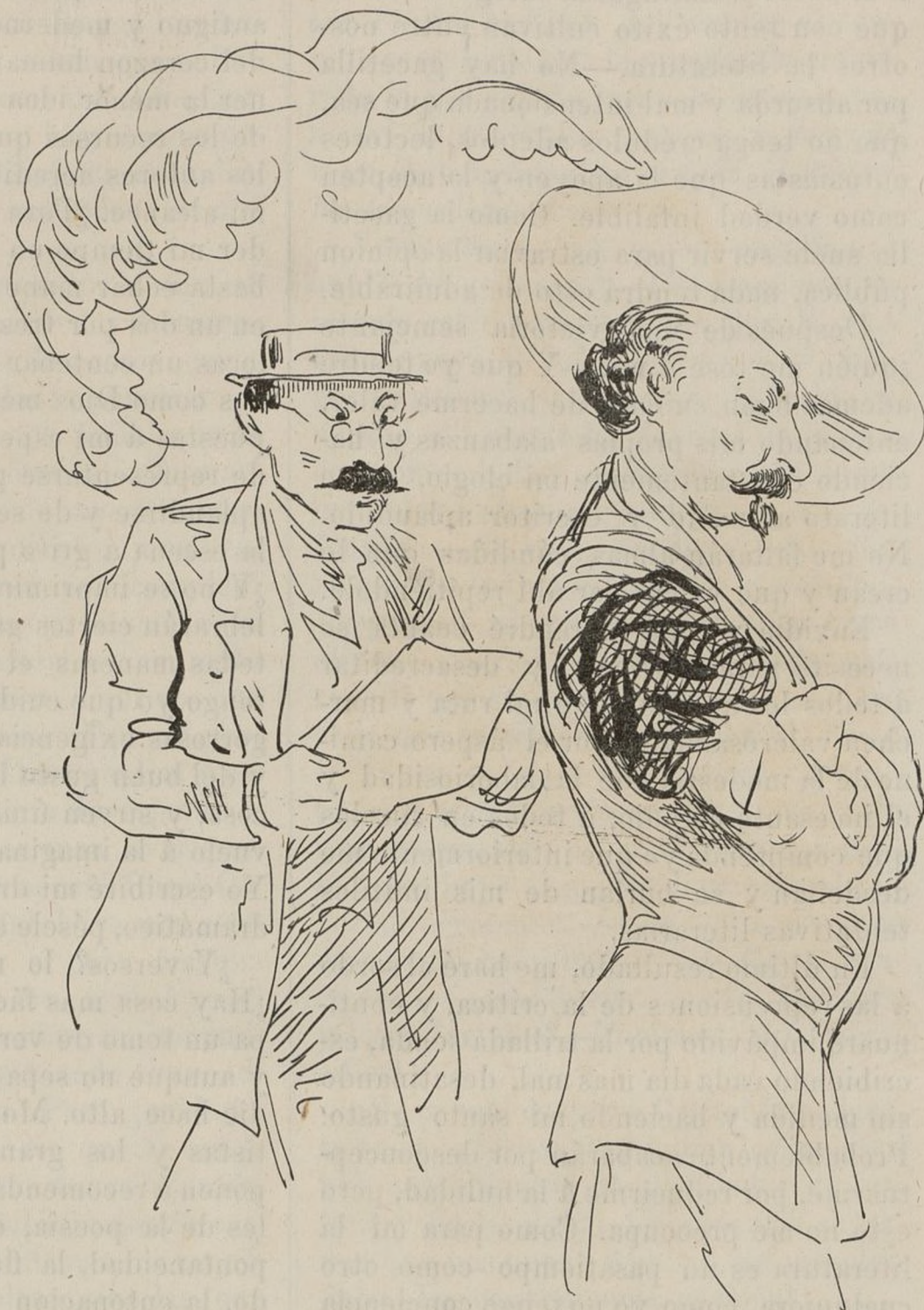
Yo aspiraré á mas todavia, y aprovechando mi actual entusiasmo literario y la oportunidad de publicar mis obras, escribiré un drama ampuloso en verso, á salga lo que saliere. ¿Qué se necesita para escribir un drama en los tiempos que corren? Una fuerte dosis de presuncion únicamente. Lo demas es escusado.

Ni á mí me hace falta para urdir mi drama conocimiento exacto del teatro antiguo y moderno, ni maduro estudio del corazon humano; como tampoco tener la menor idea del arte dramático y de los recursos que el trato familiar con los autores acreditados pudiera poner á mi alcance. ¿Para qué habia yo de perder mi tiempo en estas futezas, si me basta echar mano á mi osada pluma, y en un dos por tres trazar á tontas y á locas un centenar de escenas, versificadas como Dios me de á entender y dispuestas á mi especial manera? ¿Dejará de representarse por eso mi drama y de aplaudirse y de ser llamado su autor á la escena á grito pelado al caer el telon? ¿Y no se imprimirá despues y me lo celebrarán ciertos gacetilleros? Pues si de tadas maneras el triunfo es mio ¿que tengo yo que cuidarme de las mil engorrosas exigencias del arte dramático y del buen gusto literario que no valen cosa, y sirven únicamente de cortar el vuelo á la imaginacion y el entusiasmo? Yo escribiré mi drama y yo seré autor dramático, pésele al mundo todo.

¿Y versos? lo mismo digo de estos. ¿Hay cosa mas fácil que dar á la estampa un tomo de versos? Yo los sé escribir y aunque no sepa sentirlos, en esto nadie hace alto. Me rio yo de los preceptistas y los grandes poetas cuando se ponen á recomendar como dotes esenciales de la poesía, el sentimiento, la espontaneidad, la fluidez, el gusto delicado, la entonacion vigorosa, con todo lo que constituye el ritmo y la inspiracion. ¿Hace falta esto? Yo no lo creo. Publique yo mi tomo de poesías, aunque pertenezca al número de las que no leen sino tres personas: su autor, el que las fiscaliza y el cajista que las compone. Me bastará sin embargo, que suene que yo he escrito un tomo de versos, que yo soy poeta, y que nada me arredra en el vasto y variado campo de la literatura.

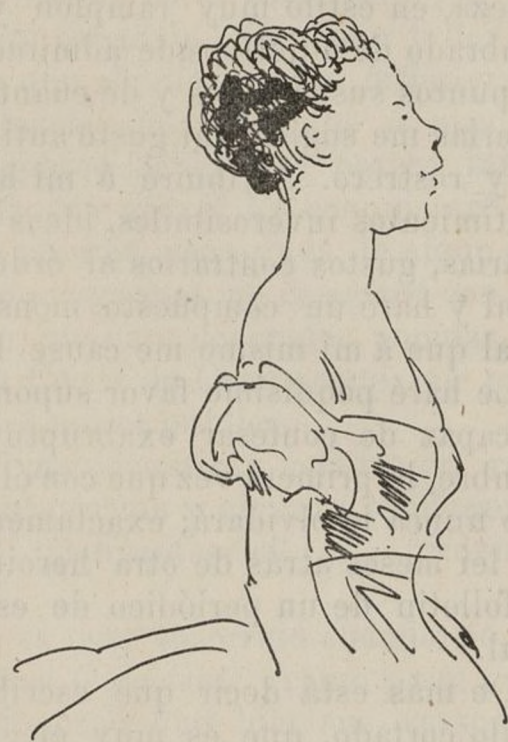
¿Hay mas aun? Sí, porque despues de tan brillante carrera y para dar muestras de mi inagotable facundia y laboriosidad literaria, me dedicaré á dirigir un periódico, preñado de promesas que no han de cumplirse, y nutrido solo de copias de otros periódicos. Saldrán á luz tres ó cuatro números á lo mas y es bastante. No tendrá suscritores; pero á eso estamos acostumbrados todos los que publicamos periódicos en el país. Yo correré la suerte comun sin desear singularizarme. ¿Soy yo menos que nadie? Además, que de algun modo habian de distinguirse nuestras publicaciones periodísticas: ya que no por su buena y selecta lectura, por su carácter transitorio, por su fragilidad innata y por ser todos embrionarios. Todos perecen en la infancia, lo cual quiere decir que no son víctimas de su malicia; al contrario: niños inocentes del periodismo normal, sucumben á la manera de los niños que hizo degollar Herodes. A buen seguro

PRELUDIOS SUAVISIMOS.



MEFISTOFELES.

FAUSTO.



MARGARITA.

Escena 1.^a—Mefistófeles hace *versos* en dialecto catalan y los lee al Director *Fausto*, quien de puro gusto se queda dormido.—Tableau!

(Continuará.)

RECUERDOS DE SAN AGUSTIN.

A NUESTROS SUSCRITORES DE MATANZAS.



El Rey de Guanabacoa y su cronista.

Ayuntamiento de Madrid

SOCIEDAD EN COMANDITA DE PRIMAS DONNAS.



MARIETTA GAZZANIGA.
(En *Lucrecia*.)



La Sta. Maffio ALGINI brindando
á la salud de su Sr. Director que
Dios guarde muchos años.

Aviso
Con permiso de la autoridad
se suspende la caricatura
de la Señora Guidi
por indisposicion de
dicha Señora



La Srta. BOSCHETTI
(En un *ballo in maschera* esplendísimo.)
NOTA.—Ella es tambien esplendísima.

que entre esos periódicos que perecen, se encuentre el Mesías del periodismo, el regenerador literario que tanta falta nos hace; como tampoco se hallaba entre los inocentes degollados por el Herodes de la antigüedad, el Salvador del mundo.

Tal será de hoy en adelante mi mas firme propósito literario, y tal debeis aceptarle, pacientes lectores. Bastaráme ya ser solo literato, de pega, *à la derniere*, procurando con afán en vez de estudiar y adquirir conocimientos, olvidar lo poco que aprendí estudiando, lo poco que hasta ahora me parecía á mí, pobre inesperto, que debía estimularme para adquirir mas, para avanzar y propender á un mas alto grado de ilustracion, teniendo entónces derecho á la consideracion pública y á la satisfaccion de mi propia conciencia.

Pero mis lectores deberán ya estar fatigados con la prolongacion de lo que ellos llamarán sin duda broma, pura ironía, y esperarán que yo les confirme esta creencia suya.

Pues bien, ya que lo deseais, me permitireis que os pregunte ¿si no es aplicable precisamente al que esto escribe lo que va dicho, no se encontraría ninguno á quien acomodarlo todo con justicia?

Pero tampoco debemos, ni ustedes ni yo buscar determinado original al ente ideal que he bosquejado en este rápido cuadro, sino en convenir mas bien en que de esta *pintura* podría sacarse como de un *cliché*, diversas fotografías. Ustedes dirán.

GENARO ABEL.

SERENATA.

I.

Como el gladiador antiguo, al pisar el circo en que vá á arrostrar una muerte cierta, con ánimo firme y resolucion imperturbable torna hácia el dueño del mundo la faz serena y sonreida, y con voz clara y vibrante clama: *Cesar morituro te salutam*; así tambien ¡Oh Público! al trasponer la barrera de este campo cerrado que acaba de abrirseme para que combata en tu presencia, sin vestigio de esperanza de salir victorioso te dirijo mi *Ave* reverente de entrada, á reserva de colocarme á la despedida en una graciosa posicion de minuet y exhalar luego, luego, mi postrimer suspiro.

Esta salutación alegórica, que algunos *enemigos gratuitos* se apresuran á calificar de ampulosa y rimbombante, lo cual me tiene sin cuidado, sabiendo que no lo harán sino rebozándose en el *velo del anónimo*; esta salutación, repito, significa que *de hoy mas* cuenta el periódico cuyo nombre capitanea estas líneas con la humildad, pero leal y decidida colaboracion de mi *torpe capacidad*, como dijo el otro con singular tino, rara exactitud y admirable sencillez.

¡Yo te saludo, pues, Público ilustrado!

II.

Es preciso confesar que la invencion de los números romanos, apesar de lo atrasado de su fecha, es un recurso muy socorrido para los escritores modernos, sobre todo si son bisoños, que de ellos se valen, como lo hago yo de vez en cuando, para disimular la incoherencia de las ideas y falta de hilacion en el discurso.

Hecha esta juiciosa observacion, pasemos si te place, ilustrado público, al número

III.

¿Porqué habrán dado desde la mas remota antigüedad hasta nuestros dias, los farsantes de todo linage y en todos cuantos han sido y son los países del mundo, en la falaz manía de llamar *ilustrado* al público?

Ilustrado público, dicen todos los exhibidores de elefantes, caballos, perros, osos, monos, canarios, pulgas, y demas animales *sabios*.

Ilustrado público, apellidan á los concurrentes, los cómicos de la legua desde lo alto de su tablado erigido en el fondo del mas amplio corral de la miserable aldea que les ministra fiambres y bagajes para la jornada que el dia siguiente van á correr en su vida aventurera.

Ilustrado público, llaman al suyo los cosmoramaistas, titiriteros, equitadores, gimnastas, acróbatas, funámbulos, zampillaerostationistas y dislocados elásticos, que bailan, saltan, se mecen, voltean, ruedan, se revuelcan, se retuercen, y se desnucan, por fin, en circos, teatros, plazas, jardines y paseos.

Ilustrado público se atreven á nombrar al público los toreros españoles y los púgiles ingleses, cisatlánticos y ultramarinos!

Ilustrado público, osan decir los aeronáutas, llámense Godard, llámense Matías Perez.

Ilustrado público, ponen entre dobles signos de admiracion, para calificar á los consumidores de sus drogas, todos los Dulcamaras del siglo, desde el impertérrito Holloway (lo siento por Palmira) hasta el caballero Boyardo del charlatanismo, el incomparable Helmbold, para quien los hotentotes no hacen mas oficio que recoger *buchu* y mas *buchu*, de dia y de noche. (Me alegro por los ratones).

¡*Ilustrado público*!—esclamó un verdugo dirigiéndose á los numerosísimos espectadores ¡de ámbos sexos! que rodeaban, ávidos de emociones suaves, el incruento suplicio de un ahorcado, á quien despachó con demasiada prisa....!

Ilustrado público, llaman los empresarios de la ópera á los incautos pececillos que han caído en ese inmenso chinchorro del *abono por veinte y cuatro funciones*.

Ilustrado público, repiten á duo el Diario de la Marina y la Prensa de la Habana, haciéndoles coro todos los demas periódicos de la Isla, desde el conspicuo Siglo hasta la modesta Serenata.

¡Alto aquí!—En nosotros esto es imperdonable. ¿No es verdad, Genaro Abel? En tí principalmente, que has escrito lo que has escrito, y en mí que (sin compararme, porque no soy tan profano) estoy escribiendo y tengo ánimo de escribir lo que se verá; no merecemos perdon al andarnos en *chicleos*, con esa impalpable entidad que el maestro Fígaro no sabia quién era ni dónde encontrarle. Si la palabrilla fuera de significacion un tanto mas concreta y circunscrita, no digo que nó; la cosa seria otra cosa. Por

ejemplo: Ilustrados lectores de la *Serenata*. Esos sí, tienen que ser y son *ilustrados*, mal que les pese: no podia ser de otra manera: la prueba es que nos leen y....

Pero, volvamos; voto á Brios! á los números romanos. Cuando me engolfo en una majadería soy tan distraído como Arquímedes ó Newton cuando se entregaban á sus abstractas especulaciones.

IV.

“La Serenata,” me ha gustado desde el punto de su aparicion.... miento: me fué simpática desde que se anunció, ántes, por supuesto, de haber visto su elegante forma y de haber leído su primer número y deleitádome semana por semana, con su sávida y succulenta doctrina. Me gustó desde luego su nombre, porque hijo de mi tierra, era muy dado en mis mocedades á ese género de amoroso telégrafo que se llama *serenata*.

¡Cuán grato es perturbar el sueño de la ingrata que ronca á pierna tendida en tanto que su constante adorador vigila pensando en ella, porque, como dice Fray Gerundio, “no necesita para velar mas mosquito que el mosquito de su amor.”

(A propósito y entre paréntesis:—¡Bonita serenata me están dando en los precisos momentos en que trazo estos mal formados renglones, un centenar de esos cínifes chillones y zanquilargos con sus sonoros trompetines!)

Y luego ¡cuán lisongero pensar que la hermosa, despues de saborear con el oído las armonías de nuestra música, tendrá bastante para pasar despabilada el resto de la noche pensando en nosotros con tierno agradecimiento; si acaso, como es mas que probable, no torna de nuevo el mirífico rostro hácia la pared y vuelve á entregarse con mas gana en brazos de Morfeo.

Por una *serenata*, en los tiempos de que hablo, yo me desvivía, ó poco ménos, porque me enfermaba á beneficio de las trasnochadas. Hoy esos tiempos han cambiado, pero la afición resta incólume.

V.

Habeis leído, por ventura, las deliciosas serenatas de Zorilla? No? Ni yo tampoco.

Pero sí habreis asistido algunas veces á la insulsa zarzuelita del *Señor Don Simon*.

Entónces, indispensablemente, habreis saboreado con los cinco sentidos aquel pasaje en que las *mozas* cantan una especie de duo bufo, de soprano y tiple, ó cosa parecida, en que se desnudea mas de lo regular aquello de

“Es una serenata.... ¿quién podrá ser? &c.”

VI.

Y por supuesto, no lo pregunto, sabeis de memoria y de corazon aquel primoroso madrigal de uno de nuestros mas esclarecidos clásicos, de cuyo nombre no quiero acordarme, que dice así:

“Ojos claros *serenos*,
Si de dulce mirar sois alabados,
¿Porqué si me mirais, mirais airados?
Si cuanto mas piadosos,
Mas bellos pareceis á quien os mira
¿Porqué á mí solo me mirais con ira?
Ojos claros, *serenos*,
Ya que así me mirais, miradme, al ménos!”

Nada puede leerse mas suave, mas espresivo, mas candoroso, que ese juguetico, verdadera perla literaria; y ello en mi sentir depende de ese epíteto *serenos* dado tan insólitamente, pero con tanta oportunidad á unos *ojos claros*.

VII.

Aquí vendria como de molde *dibujar* una pequeña disertacion apologética de esa digna institucion, de ese cuerpo benemérito que suele taladrarnos los oídos con sus agudos silbos, de treinta en treinta minutos, con acompañamiento de alaridos de sesenta en sesenta, y el nombre de cuyos individuos componentes no deja de tener su analogía con el de este periódico; pero me abstengo de hacerlo por las siguientes razones:

1ª Porque el nombre de *serenos*, que se ha dado á esos murciélagos es inadecuado, inexacto por demas: la misma razon habria para llamarlos *nublados*, *lluviosos* y *lloviendos*, pues su gritar tiene que amoldarse por fuerza al cariz y al estado de la atmósfera, son unos barómetros *ex post facto*.

2ª Porque los *serenos* todo tendrán menos *serenidad*.

3ª Porque sus silbatos alarman á los ladrones; y sus farolillos avisan á los enamorados de ventanilla que llega gente, privándoles del abrigo del *bivac*.

4ª y 5ª Por la lanza y la pistola, que ademas de ser armas prohibidas son muy peligrosas en manos inexpertas.

6ª En fin, porque los *serenos* están expuestas mas que sus vecinos á cegar de gota *serena*.

Cuando esa ronda en grande escala llegue á su perfeccionamiento, como debe de llegar con el transcurso de los tiempos; entonces no faltará ocasion á los escritores futuros de suplir la falta voluntaria en que ahora yo incurro.

VIII.

El *sereno*, ese rocío impalpable de las noches, suple á la lluvia en Lima, en donde nunca llueve de véras, lo que se llama llover. Tanto es así, que los techos de las casas son los únicos esterquilinios conocidos en la capital del Perú. Noción es esta que contemplamos de importancia trascendental.

IX.

La *serenidad* es un tratamiento de honor, y en ocasiones se ha visto servir de título de escarnio.

En el primer caso se encuentran los príncipes de la sangre; y puede servir de ejemplo del segundo Su Alteza Serenísima el ex-Presidente de Méjico, General Santa Anna (con dos *enes*.)

X.

Se necesita estar dotado de toda mi *serenidad* para haberme atrevido á atreverme á ensartar este rosario, que no prolongo porque me figuro que ya pasa de largo, y para terminarlo aquí á las tres de la madrugada, porque para *serenata* sobra y para *cencerrada* basta.

FLAGEOLET.

UN COLABORADOR... DE TIJERA

DEL DIARIO DE LA MARINA.

Entre los colaboradores.... de tijera del *Diario de la Marina*.

Hagamos un parentesis.

Llámanse colaboradores de tijera los que contribuyen, sin saberlo, á la confeccion de un periódico, es decir, aquellos cuyas producciones se toman de un libro ó un periódico, para cuya operacion se usa de la tijera, el instrumento indispensable de una redaccion.

Pues bien, entre los colaboradores de tijera del *Diario de la Marina*, se encuentra un señor D. Pedro Antonio de Alarcon, autor, si no recordamos mal, de una *Crónica de la guerra de Africa*, ó si se quiere, cantor de dicha guerra;

Autor tambien de un *Viaje de Madrid á Nápoles*.

Idem de varias novelillas, cuentecillos ó si se quiere historietas propias para dormirse de pié.

Diputado por no sabemos qué poblacion de la Península.

Que ha tenido la honra de ser recibido por el Sumo Pontífice que le dió su apostólica bendicion.

Y como si todo esto fuera poco, agregan las crónicas, no la de la guerra de Africa, que el Señor Don Pedro Antonio de Alarcon diz que dicen que es nada menos que descendiente del célebre poeta dramático mejicano Don Juan Ruiz de Alarcon, el autor de *La verdad sospechosa* y otras obras que son la honra del antiguo teatro español.

No nos dirá el *Diario de la Marina* que no conocemos la genealogia de sus colaboradores, aunque sean de tijera, ahora que tan empeñado se halla en cuestiones de ascendientes y descendientes, y que nos son desconocidos los títulos literarios de esos mismos colaboradores, honra y prez de las letras españolas y que tanto brillo y esplendor derraman sobre el caballero sin miedo y sin tacha del periodismo de allende y aquende los mares.

Pues bien; el *Diario de la Marina* en su número del día 23 de Febrero reprodujo en su folletín una produccion del Señor D. Pedro Antonio de Alarcon, titulada *El pañuelo* y que tuvo la honra de ser leida en la reunion literaria del Sr. Cruzada Villamil la noche del primero de Mayo de 1857.

Como se vé por esta fecha, no es nada nuevo el pasto intelectual que dió á sus suscritores el *Diario* circunspecto y estacionario; pero esto no es del caso, pues mas añejas, atrasadas y reaccionarias y contrarias á toda idea de progreso y civilizacion son las singulares, singularísimas doctrinas que en el tal artículo se predicán.

Supónganse aquellos de nuestros suscritores que han tenido la fortuna de no leerlo, que el artículo *El pañuelo* empieza con estas líneas: "Hay una nacion en Europa que lo hace y lo dice todo, *prueba evidente de que no siente nada*."—Este descubrimiento no deja de ser importante.

Esa nacion, segun comprenderá el cristiano lector, es la Francia, contra quien se desata la bilis del Sr. Alarcon en una larga é interminable serie de horrores que acumula sobre ella.—Segun el descendiente del autor de *La verdad sospechosa*, la Francia ha inventado la familia universal; la guillotina y los cosméticos.—¡Inventar los cosméticos! ¡Oh crimen horrible!

Esa misma nacion envenenó el mundo con su ateismo; incendió la sociedad con sus teorías republicanas (ya apareció aquello); inventó la *Diosa Razon*, los seres mal comprendidos, las naturalezas de *élite*.... ¡Qué ignominia!

Pero no es esto solo. El autor nos da un catálogo de las invenciones diabólicas, disolventes de la Francia, catálogo de que hacemos gracia á nuestros lectores; y, despues de agotada la lista, concluye con lo siguiente:

"Esa nacion en fin, que especula con la ciencia y con el error, con el arte y con el crimen, con el ateismo y con la supersticion, con todos

los sentimientos humanos, ha entregado al mundo la clave de su falsía, el secreto de su excepcionalismo, la patente de su carencia de alma y de sensibilidad....."

Lo que sigue es tan insólito, tan espantoso, tan estupendo que la pluma se resiste á copiarlo. En fin, lo diremos;—*aplicando al pañuelo de mano ó del bolsillo el denigrante apodo de mouchoir!*....

¡Dios de Israel! como consientes que la nacion que ha cometido un crimen tan horrible, una iniquidad tan sobrenatural, una cosa tan espantosamente diabólica subsista aun sobre la faz de la tierra?—Llamar *mouchoir* á lo que nosotros pañuelo!!!—Qué hubiera sido si le llamaran *hand kerchief* como esos pillos ateistas y merca-chifles de ingleses.

Llamar *mouchoir* al pañuelo!! ¡¡Qué execracion!!—Pero dejemos hablar al Sr. Don Pedro Antonio de Alarcon, autor de un *Viaje de Madrid á Nápoles*, y cronista de la guerra de Africa.—Dice así: "llamar en fin *mouchoir* al pañuelo, coando todos los idiomas se afanan de consuno en dar denominaciones románticas y cotizables á otras cosas que no tienen perdon de Dios.... es notoria injusticia, es palmario atentado, es horrible arbitrariedad que rechaza nuestra hidalguía española, que no permite nuestra proverbial independencia; y que de obligacion toca combatir á los descendientes del nunca bien ponderado desfacedor de agravios don Quijote de la Mancha."

Tu dixisti.....

Solo quisiéramos hacer una observacion al Señor Don Pedro Antonio de Alarcon; y es que en frances el pañuelo no se llama *mouchoire*, como aparece varias ocasiones en el folletín del *Diario*, sino *mouchoir*.—No haríamos esta advertencia si no notáramos en el *Diario de la Marina* cierto afan de hacer hincapié en faltas de ortografía y otras cosillas por el estilo que mas revelan al dómíne que al periodista.

Despues del proemio de que hemos dado cuenta á nuestros lectores, continúa el Sr. Don Pedro Antonio de Alarcon su interesante relacion de lo que es el pañuelo y para qué sirve, y nos hace una apología del pañuelo en que venga ó no apelo fulmina sus anatemas contra todo lo que no pertenece al siglo trece, lanzando rayos y centellas contra Voltaire y el autor de las Ruinas de Palmira y hasta contra Ayguals de Izco que no dejaria de quedarse admirado al verse colocado en tan honorable y selecta compañía.

No queremos entrar en el terreno literario. Queremos tan solo protestar contra ese espíritu mezquino y ridículo que consiste en hallar soberanamente malo y pernicioso, inmoral y disolvente todo lo que es moderno y lleva el sello del siglo en que vivimos, procurando de este modo mantener vivas en el pueblo las antiguas preocupaciones, los odios y enemistades nacionales que hacen un enemigo de todo extranjero, siendo estos mismos escritores los que á cada paso invocan la moral del Evangelio que nos manda amarnos á nuestro prójimo como á nosotros mismos, —como sucede con el Sr. Don Pedro Antonio de Alarcon, colaborador de tijera del *Diario de la Marina*, autor de *Un viaje de Madrid á Nápoles*, idem de una *Crónica de la Guerra de Africa*, idem de varios cuentecillos, historietas ó articulejos entre los cuales el titulado *El pañuelo*; diputado por no sabemos qué poblacion; redactor de no nos acordamos qué periódico; que ha recibido la bendicion apostólica del Sumo Pontífice; descendiente del autor de *La verdad sospechosa*, á quien solo se le parece literariamente en el apellido, y que á todos estos títulos, que no son pocos, añade el de que sus producciones se reproduzcan en los folletines del *Diario de la Marina*!!!

SATANIEL.

GANGAS DEL TALENTO.

Lo que generalmente se llama talento, capacidad, no viene á ser por lo regular sino un don funesto y como tal, propio solo para acarrear al que lo posee disgustos y contrariedades re-

petidas. El talento, es verdad, se aplaude, se ensalza y hasta se pone por las nubes en casos dados, teniendo á ratos sus satisfacciones y sugoces; pero suelen ser tan contados, tan escasos estos halagos, que no compensan ni con mucho los infinitos tormentos que á menudo lo punzan y lo acosan.

Tener talento significa desde luego para muchos que no lo tienen, estar dotado de una facultad extraordinaria, de una facultad sobrehumana, que lo pone á V. á cubierto de los embates de las pasiones, de las flaquezas y debilidades propias de la humana condicion; como si por tener talento, dejase alguien de ser hombre. Sucede precisamente que donde hay talento ó inteligencia, hay una mayor propension á contraer esas mil afecciones que se condenan como faltas veniales en el comun de los hombres, y que cometidas por el hombre de talento, pasan á ser enormes delitos, solo por creer el vulgo que la facultad suprema de que lo supone provisto, lo habilita para permanecer incólume.

El vulgo siempre es estúpido en sus apreciaciones; pero nunca tanto como al dar su fallo respecto al ente que le supera en inteligencia, y que él cree infalible. Tiene, por ejemplo, el hombre de talento su modo especial de ser, su idiosincrasia propia, que choca naturalmente con el carácter puramente vulgar y comun y que hace á este apellidar á aquel extravagancia ó rareza. Así es que la anomalía es evidente, pues ya le juzga estrafalario y estrambótico cuando no se ajusta á sus gustos, y ya le hace apto para alcanzar el mas alto grado de perfeccion.

Los hombres de talento examinados en público, vistos á través del prestigio de que los rodea su reputacion, tienen todos un carácter conocido y fácil de discernir. En los mas, el orgullo y la vanidad predominan, y así pronto se conoce en público al hombre de talento. Lo curioso, lo digno de estudio es ese mismo hombre de talento en su vida privada, en sus afecciones íntimas, en una palabra, cuando para nada se acuerda de que tiene talento. Pero en vano se olvida él del *don funesto*, que encarnado en su ser, lo circuye como un anillo de hierro, no permitiéndole prescindir de su fatal influencia. En esas horas en que el hombre de talento quisiera solo *ser hombre* y arrancar de su frente el estigmata que lo marca y lo señala entre los otros hombres; en esas situaciones frecuentes de la vida humana en que la fatalidad impulsándolo por alguna via para él extraviada y para él prohibida, vése precisado á hacer esfuerzos heroicos para no merecer la reprobacion de los mismos que le reconocen y conceden talento é inteligencia, entonces es cuando hay que observarle, que analizarle y profundizarle, porque bajo ese aspecto ofrece su carácter el sello peculiar que lo distingue.

Véase en una familia donde haya dos niños, de los cuales el uno anuncia precozmente capacidad y talento y el otro por el contrario solo petulancia y aturdimiento. De seguro que el primero será siempre la víctima obligada del segundo, que á favor de su natural osadía y audacia, lo superará en cuanto su capricho le aconseje. Si el niño inteligente y sensible afectado al fin por la injusticia de su hermano, quejase á la madre, ésta de fijo conciliará la fraternal diferencia, dejando que triunfe su hijo petulante y caprichoso y consolará al otro con esta consi-

deracion que supone ella halagüena para el niño.

—Puesto que tú sabes mas que tu hermano, que tienes *mas talento*, debes ceder y conformarte. Déjalo, pues, á él y tú satisfécete con estar mas ventajosamente dotado.

De esta manera presente el talento desde temprano el puesto que ha de ocupar siempre en lo sucesivo, que es por lo comun aquel á que lo relega el necio, el tonto, el que no tiene talento.

Enamórase por acaso un dia el hombre del talento y entónces es cuando reconoce su inferioridad. Llegará un tonto y lo desbancará, porque desde tiempo inmemorial ha sido un hecho constante, que las mujeres no aman decididamente sino á los tontos. Los hombres de talento parece que les imponen y las atemorizan, por lo cual optan casi siempre por el necio, con quien se hallan á sus anchas y á quien pueden por el contrario imponer cuando saben aprovecharse de sus ventajas. Bueno es sin embargo consignar que nadie como un necio, como un tonto rematado, para burlarse de una mujer y hacerla su juguete, por lo mismo que ella no desconfía de él ni recela de su tontería acreditada.

Pero admítase por un momento que el hombre de talento enamorado triunfa y conquista el afecto de una mujer. ¡Qué exigencias por parte de ella, qué rigorismo, qué reconvenirle á cada instante porque no obra en consonancia con el talento que ella *ha oído decir* que tiene! La mayoría de las mujeres sabe que un hombre tiene talento porque oye á los otros que se lo conceden, no porque ellas lo reconozcan por sí propias.

Si una mujer cualquiera tiene un amante que acierta á ser hombre de talento, usa siempre con él una conducta muy distinta á la que observaría con un tonto, pues todas aquellas cosas que á este le toleraría sin repugnancia, acrimínaselas al novio con talento, que está obligado segun ella, á tener siempre ese talento *en activo servicio*, y esto aun hallándose enamorado, que es decir, hallándose convertido en tonto; pues lo primero que hace el amor es quitar su talento al hombre que lo tenia despejado ántes de experimentar la influencia de ese sentimiento.

¿Quién no ha oído mil veces deprimir al hombre de talento, condenarlo y vilipendiarlo por el mas leve traspies, por el desliz mas insignificante? Y es que como ha observado un célebre pensador, "nadie nota una mancha mas en un cristal muy sucio, pero en otro muy limpio y brillante se presenta desde luego á los ojos el mas pequeño lunar."—Así es que su misma brillantez sirve para que se transparenten mas sus debilidades y defectos, que sus méritos.—Por eso nunca falta un necio, un tonto consumado que apresuradamente se escandalice de ver incurrir en cualquiera falta á un hombre de talento y que diga con la sandez propia de estos casos.

¡Y ese ese es el hombre *que dicen* tiene talento! No sé donde lo tendrá *metido*, pues ahora ha dado pruebas de todo lo contrario.

Así juzga el vulgo, así raciocinan los ignorantes, y mientras tanto el talento devora la injusticia y sufre la inconsecuencia de los que lo condenan sin conocerlo.

En vista de lo que llevo dicho, nadie me negará que tener talento es *una ganga*, y que la

única cosa en mi concepto preferible á tenerlo, sería el ser tonto, ganga mayúscula entre todas las gangas.

GENARO ABEL.

CUENTAS CORRIENTES.

A DON JUNIPERO MASTRANZOS.

No es propio de nobles pechos, Sr. hidalgo, rehusar duelos y asestar á un tiempo encubiertos tiros. Cuando gustéis descubrid el rostro y nos entenderemos.

AL CORRESPONSAL EN LA HABANA

DE LA FINCHADA CRÓNICA.

La Serenata no ha publicado ni tratado de publicar ninguna lámina depresiva del Sr. Asquerino como afirma vuestra Señora en una de sus correspondencias. Sépalo para su gobierno y procure en lo sucesivo ser mas exacto.

ADVERTENCIA.

✍ Rogamos á nuestros suscritores tengan á bien dispensarnos la demora habida en la reparticion de los dos últimos números.—Causas del todo ajenas á nuestra voluntad y que procuraremos evitar en lo adelante, han originado esas faltas.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Librerías de CHARLAIN y ABRAIDO, Obis, po 34 y 36.—Papelería la CRUZ VERDE, Mercaderes 29.—Librería de SANS, calle de la Muralla.—Cigarrería la CHARANGA de Villergas, O'Reilly 9½.—Imprenta de la Viuda de BARCINA, Reina 6.—Papelería la PRINCIPAL, Plaza del Vapor 36.—Café el LOUVRE, Calle de S. Rafael.—Imprenta la ANTILLA, Cuba 51, y en la Imprenta del TIEMPO, Cuba 71.

Imprenta del TIEMPO, Cuba 71.